

# Agenda bibliográfica

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

## I. EL LIBRO DE CAYETANO BETANCUR

En un país donde las personas que leen y escriben se dedican a la política, a los negocios o a la literatura, el filósofo es “rara avis”, flor de invernadero bajo la intemperie tropical. De allí que la publicación del libro *Filósofos y filosofías*, por Cayetano Betancur, editado por el benemérito Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, represente algo más que un reencuentro con una de las inteligencias más lúcidas de que podemos ufanarnos. Pensador a fuer de filósofo, el doctor Cayetano Betancur cifra en su obra y en su vida al auténtico maestro de juventudes, ya que su estilo es la negación de la jerga filosofante, de la peroración de teorías marxistas o trasnochados existencialismos.

Por el volumen XIV de la Biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica, cruzan hermanados por el común destino, los nombres y las teorías de Nietzsche, Bernard Shaw, Keyserling, Goethe, San Agustín, Balmes, Descartes, Tomás de Aquino y Escoto, Freud, Ortega Gasset y Unamuno. Lección de humanismo, repaso de cultura universal, el libro de Cayetano Betancur tiene el mérito cierto de las obras pensadas en reposo y escritas con claridad docente. Nada de improvisación ni de terminología rebuscada. La omisión de llamadas eruditas, en el texto, confiere al libro del doctor Cayetano Betancur la amenidad a que son alérgicos nuestros filósofos criollos.

A propósito, he aquí una transcripción hecha por Cayetano Betancur, al referirse a Bernardo Shaw, el incisivo irlandés, en torno a Juana de Arco: “La crítica material de este asunto que-

da definitivamente hecha en la negativa de los indígenas de las islas Marquesas a dejarse persuadir de que los ingleses no se comieron a Juana. ¿Por qué —preguntan— iba nadie a tomarse el trabajo de asar a un ser humano como no fuera con ese fin? No conciben que ello sea un placer. Como no podemos contestarles nada que no sea una vergüenza para nosotros, sonrojémosnos de nuestro salvajismo más complicado y más presuntuoso, antes de seguir dilucidando el asunto y las lecciones que contiene para nosotros”.

## II. LAS TRADUCCIONES DE LOPEZ NARVAEZ

46 autores (franceses, italianos, portugueses, haitianos, ingleses y norteamericanos) y un traductor verdadero: Carlos López Narváez, integran la más reciente separata de “Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis-Angel Arango”. En este cordial anticipo de su libro *El tiempo en la brisa*, López Narváez ofrece una selección de nombres que van desde el seráfico Francisco de Asís hasta el humanismo Salvatore Quasimodo, para hablar solo de las tierras del Lacio. La ronda de habla inglesa va desde Robert Frost hasta Lola Ridge. La vendimia francesa arranca de los predios de Ronsard y Sully Prudhomme, sin desdeñar el lugar insular de Moravia Morpeau y Roussan Camille. En la nómina lusitana, el par que la sandosa voz de Jorge Lima, hay que transcribir este memorable e intemporal soneto a nuestro señor don Quijote, por Juan de Alcover: “Si has de volver, Señor, a las andadas, / no redimas doncellas prisioneras, / que hoy piden cautiverio las solteras / y un poco más de jaulas las casadas. // En vez de rasurar dueñas barbadas / haz que luzcan mostachos y chiveras, / y llena de galeotes las galeras / antes que rescatarlos a lanzadas. // ¡Hoy todos quieren Insula! Rüines, / entregando el honor por el puchero, / a Tirteafueras quieren, nó a Merlines. // Vuélve, Señor; te aclaman; mas infiero/ que habreis de ser, trocados los rocines, / Tu, Sancho-Panza, y Sancho el Caballero /”.

Mas la brevedad del registro bibliográfico obliga a concentrar la atención en las magníficas versiones de las fábulas y epigramas de Luciano Folgore y de Carlos a Trilusa, entre los cuales fluyen, como una perla negra del más fino humor —las estrofas de *El León Agradecido*: “Clavada en una zarpa fiera espina, / cerca de una africana guarnición. / cojín-cojeando me rodeaba un León; / y un Teniente encontró que a mano fina /

le practicó feliz operación. // ¡Requetebién! —dijo el león ufano— / ¿Cómo pagar tu beneficio inmenso? / Piénsalo y pide... ¿promoción de ascenso? / Puedes contar con él: ¡toma mi mano! // Aquella misma noche, sin afán / regiamente cumplía el soberano / con la fidelidad de un musulmán // . Donde el Teniente regresó y le dijo: / —Tu ascenso tienes ya seguro, *m'ijo*; / vengo de manducarme al Capitán”.

### III. PROSAS DE JAIME BARRERA PARRA

En esta época veloz, cuando ya nadie escribe cartas porque confía su afán sentimental al telegrama o al telefonema, abrir el epistolario de Jaime Barrera, depara una sensación de anacrónica frescura verbal. Algo así como la que debe experimentar el habitante de New York, al trocar el baño en la piscina pública por la inmersión en las aguas de un río libérrimo, en el campo. El *Epistolario* de Jaime Barrera Parra, pertenece al volumen titulado *Prosas*, que recoge la obra completa del gran estilista greco-santandereano; dicho sea en cabal elogio de una manera de ennoblecer las palabras, común a José Camacho Carreño y a Manuel Serrano Blanco, entre otros, y que tuvo en Silvio Villegas al capitán de los grecocaldenses, antes de la tridivisión departamental. El epistolario de Barrera Parra cifra una transparente lección de armonía, un ejemplo de salvación por la palabra, de quien confesaba regocijadamente que “cinco años de diarismo me han trocado en un hipopótamo. No hay nada que embrutezca tanto como la frecuentación de los panoramas intelectuales”.

El discípulo fiel de Anatole France, regresa en cada frase de estas hermosas cartas, en toda su dimensión humana de gran escritor de cosas mínimas, tal como si desde el párrafo donoso, redivivo, él se solazara en regalarnos un ramo de paradojas wildeanas, cortadas en los jardines de Bucaramanga. O de la Sabana de Bogotá. Jaime Barrera Parra fue un prosista de verdad, que quiso escribir sus cartas “sobre una piel de cocodrilo”, pero que tuvo que conformarse con mecanografiarlas “en unas tiras de papel de imprenta, manufacturadas a máquina, como un balance”.

En las “Notas del “Week-End” fosforece Jaime Barrera Parra, con todo el brillo de su capacidad expresiva. La fugaci-

dad del tema, arrebatado al trajín periodístico, resta a ciertas páginas de este volumen de prosas del escritor santandereano, —editado por la Empresa Colombiana de Petróleos, (Ecope-trol)— el sabor intemporal que tienen, por ejemplo, la mayoría de las cartas del *Epistolario*, o las acuarelas que pintó en torno al “Panorama antioqueño”. Es el destino cruel de oradores y periodistas, cuyas frases están condenadas a durar lo mismo que la rosa del huerto clásico de Calderón.

Quien relea estas *Prosas de Jaime Barrera Parra*, lamentará que el autor no hubiera consagrado toda su capacidad de escritor, al ensayo, a la novela o al cuento. De hacer tal, Santander le habría dado a Colombia el máximo ensayista, el primer novelista o el mejor cuentista. Como no fue así y la vida llevó a Barrera Parra por otros senderos, hay que agradecerle el regalo principesco de sus notas de fin de semana, sus bocetos de *Gentes y tierras*, en donde la música de las palabras emula con el colorido de los vocablos, en la magia de cada párrafo, que es la negación del lugar común y del fácil decir. Jaime Barrera Parra amó —con pasión de artista— el paisaje de su comarca tutelar. Entrañado en el ámbito nativo, fue el evangelista de la luz que esculpe las montañas de Santander y estalla en las corolas y en las hojas de los parques de Bucaramanga y en los muros de cal de Girón, la villa detenida en el tiempo.